

AYUNTAMIENTO DE MADRID

301

Abastecimiento de Madrid
en relación con el acuerdo municipal modificando
el régimen de los mercados.

CONFERENCIA DADA EN EL
TEATRO ESPAÑOL EL DÍA 29
DE DICIEMBRE DE 1918, POR
EL ALCALDE PRESIDENTE,

Excmo. Sr. D. LUIS GARRIDO JUARISTI



MADRID, 1919

IMPRENTA MUNICIPAL

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Abastecimiento de Madrid en relación con el acuerdo municipal modificando el régimen de los mercados.

CONFERENCIA DADA EN EL
TEATRO ESPAÑOL EL DÍA 29
DE DICIEMBRE DE 1918, POR
EL ALCALDE PRESIDENTE,

Excmo. Sr. D. LUIS GARRIDO JUARISTI



Conferencia sobre los abastecimientos dada en el Teatro Español el día 29 de diciembre de 1918.

El Alcalde elegido por el Ayuntamiento, que antes fué elegido Concejal por el voto del pueblo, tiene la obligación ineludible de hablar a sus electores, de comunicarse directamente con aquellos a quienes debe su mandato cuando se trata del planteamiento y resolución de problemas municipales tan importantes que afectan a todos de un modo extraordinario. Esta es al menos mi convicción, y por tenerla, vengo ante vosotros a traer a la plaza pública una cuestión de excepcional interés planteada en estos momentos, y en la que la opinión ha de acompañar forzosamente al Ayuntamiento, para que éste obtenga el éxito que todos deben desear:

«Abastecimiento de Madrid en relación con el acuerdo municipal modificando el régimen de los mercados en sus dos aspectos, tributario y de intervención municipal, y en relación también con el conflicto que todos sabéis tenemos planteado en estos momentos, con motivo de dicho acuerdo.»

Y como no quiero agriar cuestiones, ni envenenar las pasiones, ni justificar actitudes, procuraré poner tiento en mis palabras y freno a mis nervios para exponeros con toda calma, con toda tranquilidad, como corresponde a la Autoridad que represento, lo que es el problema planteado en estos momentos.

Pero antes de exponer lo que es el acuerdo municipal, lo que el Ayuntamiento desea, las ventajas que a mi juicio ha de experimentar el pueblo de Madrid llevando a la práctica el acuerdo municipal, quiero que os déis cuenta, en primer término, de la importancia del asunto. Porque todos vosotros podréis figuraros que el abasto de Madrid, aun reducido a los artículos que se trafican en el mercado de la Cebada, es algo muy grande, de mucha importancia; pero, seguramente, muy pocos de vosotros conoceréis al detalle su verdadera importancia y extensión, y es necesario que todos lo sepamos para

que no nos engañemos. para que no se pueda decir, como me han dicho: «Usted está engañado, usted no sabe lo que es este problema, a usted le informan mal».

No. Vamos primero a darnos cuenta de lo que es el problema, y si creemos que lo podemos resolver no nos habrá engañado nadie, sino a lo sumo nos habremos equivocado.

Todos sabéis, por ejemplo, que hay un artículo de primera necesidad que se consume en una cantidad enorme en Madrid; la patata, y no conocéis seguramente, — algunos sí, pero la mayoría no; yo no lo sabía hasta hace poco tiempo—la cantidad de dicho tubérculo que en esta capital se necesita. Madrid consume diariamente de doce a catorce vagones de patatas de diez mil quilos cada uno; es decir, ciento veinte a ciento cuarenta mil quilos, lo cual significa cincuenta millones de quilos al año.

Ved, pues, que si de un artículo que se come en la mesa del rico y en la del empleado, y en la del obrero, se consume dicha cantidad, el problema total de abastecimiento de Madrid es de una importancia grandísima, ya que la cifra citada no es sino una parte de la total del consumo.

Asusta, verdaderamente, pensar lo que Madrid consume de esta clase de artículos que son objeto de tráfico en la plaza de la Cebada.

Según las estadísticas formadas por mí, teniendo en cuenta que no todos los productos van al mercado de la Cebada, resulta que Madrid consume al año, en verduras: quinientos mil manojos de acelgas; un millón quinientos mil quilogramos de ajos; quinientas mil docenas de alcachofas; noventa mil manojos de apio; noventa mil docenas de berenjenas; veintitres mil quilogramos de brúselas; ciento sesenta y seis mil seiscientas sesenta y seis docenas de calabacines; ochenta mil quilogramos de cardillos; diez y seis mil seiscientos sesenta y seis docenas de cardos; seis millones de quilogramos de cebollas; quinientos mil manojos de cebolletas; ochenta y cuatro mil docenas de coliflores; un millón quinientas mil docenas de escarola; doscientos mil manojos de espárragos; un millón de quilogramos de guisantes; cuatrocientos cincuenta mil quilogramos de habas; tres millones de quilogramos de judías; un millón de docenas de lechugas; treinta mil docenas de lombardas; doscientos mil quilogramos de nabos; ciento cincuenta millones de quilogramos de patatas; un millón trescientos mil quilogramos de pepinos; trescientos mil cientos de pimientos; dos millones setenta mil quilogramos de repo-

llo; seis millones de quilogramos de tomates, y doscientos mil manojos de zanahorias. Y en frutas: un millón de quilogramos de albaricoques; trescientos mil quilogramos de batatas; doscientos mil quilogramos de brevas; ochocientos mil quilogramos de castañas; un millón de quilogramos de cerezas; trescientos mil quilogramos de ciruelas; diez mil quilogramos de fresón; ciento cincuenta mil quilogramos de granadas; trece mil quilogramos de higos; trece mil quilogramos de kaquis; setenta y cinco mil cientos de limones; dos millones de quilogramos de manzanas; un millón cien mil quilogramos de melocótones; cuatrocientos mil quilogramos de melones; setenta mil quilogramos de membrillo; ochocientos mil cientos de naranjas; trescientos mil quilogramos de nueces; diez mil huacales de plátanos; novecientos mil quilogramos de sandías; cuatro millones quinientos mil quilogramos de uvas; un millón quinientos mil quilogramos de peras, y cuatro cientos mil quilogramos de piñones.

Esto es lo que Madrid consume: ¿Sabemos, por lo tanto, la importancia que tiene el problema? ¿Conocemos su extensión? Yo creo que nadie puede dudarlo.

¿Y de dónde se surte Madrid de todo esto? En primer término, en muy pequeña cantidad, de las huertas de su término municipal; en segundo lugar, ya en mayor cantidad, de las huertas de la provincia de Madrid, de las de Leganés, Getafe, Villaverde, etc.; de todas las que, por su proximidad a Madrid, tienen como punto consumidor esta capital, porque los transportes son mucho más fáciles para Madrid que para cualquier otro sitio. Pero todo eso no basta, porque las huertas del término municipal y de la provincia de Madrid no producen toda la cantidad necesaria de artículos de los que se trafican en el mercado de la Cebada y hay precisión de recurrir a lo que se llama entre los del oficio, verduras y frutas de Levante; y además de esto, a Madrid se trae la patata de Burgos, el pimiento de la Rioja, el melocotón de Aragón, el plátano de Canarias, y, en general, algo de todo lo que se produce en España.

De modo que el problema en sí es complejísimo y de una extensión que hace aun más difícil su resolución.

¿Y cómo se realiza este abasto de Madrid? No he de negar que algunos de estos artículos vienen directamente a aquellos detallistas, a aquellos comerciantes que los expenden; pero esto es muy poco; y la mayor parte de los artículos pasan al detallista y después al público por mediación del mercado de

la Cebada. Así, el problema está en el mercado y es allí donde hay que resolverle.

¿Y cómo viene todo esto que Madrid necesita a parar al consumidor? Por mediación de todos los intermediarios del mercado de la Cebada.

Antes de seguir, he de decirlos que, al hablar aquí, no desconozco la responsabilidad en que yo puedo incurrir, y por ello, como antes he dicho, he de poner tiento en mis palabras y freno a mis nervios; porque ha de producirme, teniendo en cuenta que represento en este momento a la Autoridad local de Madrid.

Decía, que casi todos los géneros llegan al detallista por la mediación del mercado de la Cebada, en donde hay comisionistas-asentadores, pero en donde existen falsos asentadores, en donde hay traficantes, en donde hay negociantes, en donde hay introductores de Levante, contadores, descargadores y revendedores, ¡que de todos estos modos y en todas estas formas se conoce la intervención, la mediación entre el productor y el consumidor! Y todos, absolutamente todos, intervienen, unos de un modo, otros de otro; unos legítimamente, otros no tan legítimamente, en el abasto de la capital de España; e interviene en la plaza de la Cebada todo el mundo; el que no interviene en un mercado que se llama municipal es el Ayuntamiento de Madrid, y esto hay que decirlo. Los intermediarios mandan allí como autoridad, disponen allí como dueños, ordenan como superiores; y conste que no es censura para ellos, porque acaso hicieron bien tomando lo que el Ayuntamiento abandonaba sin resistencia alguna. (Muy bien).

Eso es lo que pasa en la plaza de la Cebada; y claro está, como esto no puede seguir así, y como no hay posibilidad de que un Ayuntamiento, consciente de sus deberes lo tolere, es por lo que el Concejo estudia el problema, es por lo que el Alcalde de antones, Sr. Silvela, elevó una moción a la Comisión de Presupuestos, y ésta la aprobó como también el Ayuntamiento.

¿Y qué es lo que quería el Sr. Silvela y la Comisión de Presupuestos y el Ayuntamiento? Pues sencillamente, dos cosas: una en orden a la tributación, otra en orden a la intervención municipal que legítimamente debe tener el Ayuntamiento en el Mercado municipal. Y en cuanto al aspecto de tributación, entendió el Ayuntamiento, que no es como en la actualidad se paga como debe pagarse por aquellos que ha-

cen uso y que obtienen una utilidad del mercado de la Cebada.

En la actualidad, y según nuestro presupuesto, los introductores de artículos de abasto, satisfacen únicamente a la entrada de los bultos en el mercado el arbitrio municipal por los conceptos siguientes: Un carro que conduce verduras a granel en la caja, es decir, el carro sólo, sin bolsa y sin llevar encima verduras, produce al Ayuntamiento cuarenta céntimos si es del término municipal, y cincuenta céntimos, si procede de fuera de Madrid. Cuando el carro lleva además caja y bolsa o colmo y caja, paga el doble, o sea ochenta céntimos o una peseta, porque equivale a dos carros, y cuando además de la caja lleva bolsa y colmo, paga una peseta y veinte céntimos y una peseta y cincuenta céntimos, respectivamente, porque puede considerarse como tres carros. Y en verduras y hortalizas de peso o cuento paga cada bulto de tomates, judías, guisantes, pepinos, etc., quince céntimos si son del término municipal y veinte céntimos si vienen de fuera de Madrid; y cada bulto de espárragos, rábanos, alcachofas y otras hortalizas análogas veinte y veinticinco céntimos. Las frutas pagan por bulto a razón de veinticinco céntimos. Y no se paga más. Y sin embargo, no hay más que ir al mercado de la Cebada y se encuentra uno en el momento de entrar con que aquello no es solamente una lonja de contratación, no es un mercado donde diariamente se hacen las transacciones y salen los artículos, sino que aquello es un almacén de mercancías y además, es muchas veces un depósito de envases, resultando, que por lo que se paga de entrada al mercado por cada bulto o carro, se convierte muchas veces el que ha satisfecho veinticinco o veinte céntimos, en un señor que tiene allí un grandísimo almacén. Y esto es lo que no puede ser, y el Ayuntamiento quiere que desaparezca, porque se producen con ello dos males: el primero, es que no sólo hay allí géneros de consumo, sino que hay cestas y envases, y allí se come, y no sé si se duerme algunas veces, pero el caso es que el Mercado está dedicado a tener cosas que allí no deben estar. Y claro está, si se paga sólo al entrar no resulta justo que el que puede abusar de eso —yo no digo que todos abusen— tenga a su disposición esa utilidad del local. Y el Ayuntamiento dice: yo tengo derecho, por lo menos, a que se me pague el sitio que se ocupa, y tengo derecho, además, a que no se convierta el mercado en almacén, porque al constituirse en depósito, puede suceder que convenga muchas veces no vender los

artículos el primer día y dejarlos para el segundo o sucesivos, a fin de que adquieran un mayor precio; y eso que es el segundo mal, el Ayuntamiento tiene que evitarlo (aplausos).

Como se ve, puestos los términos de la cuestión en esta forma, el Ayuntamiento no quiere explotar a nadie; no quiere sino que se le pague lo que legítimamente se le debe pagar, y ha hecho unas tarifas sobre base más racional, o sea por el sitio que se ocupe.

¿Es que nadie que vaya de buena fe puede decir que es más justo que se pague por bulto a la entrada que por metros cuadrados que se ocupen en el Mercado? Pues esto último, es lo que quiere el Ayuntamiento.

El nuevo arbitrio, comparado con el otro, no resulta de mayor gravamen para el productor, ni para el introductor; lo que pasa, es que se quitan abusos que hoy se realizan, desgraciadamente, que son inveterados, y que a ciencia y paciencia de todos, ocurren en el mercado de la Cebada. Ved la tarifa, esa tarifa que tanto alarma, y que ha puesto a algunos señores en la situación de decir que se les arruina.

Frutas en la planta alta, cuarenta céntimos diarios por metro cuadrado, y antes dos bultos, pagaban de entrada cincuenta céntimos. ¿Pero es que dos bultos no caben en un metro cuadrado? Vamos a suponer que no quepan, pero en tres metros cuadrados ¿no caben dos bultos? Pues ahí tenéis la equivalencia. Que no se diga que se va a cobrar más. Se va a cobrar mejor, con más equidad; el que ocupe un lugar pagando con arreglo a sus dimensiones, ya tendrá buen cuidado de no utilizar más que el espacio preciso, y, teniendo nosotros más local disponible, tendremos en el Mercado más mercancías, y como consecuencia, más baratas (aplausos).

Y vamos a las verduras a granel. Yo siento tener que molestaros con estos detalles, que no se prestan a párrafos floridos, que no sabría hacer nunca, pero que tengo que exponer, porque se trata de una cosa muy útil, del alimento corporal.

Verduras a granel, veinte céntimos diarios por metro cuadrado. Y yo digo: una caja de carro bien puesta, y colocando todas las verduras ordenadamente ¿no cabe en dos metros cuadrados? Pues entonces, la equivalencia es análoga a lo que se ha hecho antes, y no veo, por tanto, que vayamos a explotar a nadie.

Verduras de cuento, de Levante, veinte céntimos diarios por metro cuadrado; en un metro cuadrado caben dos bultos aproximadamente.

Las equivalencias están hechas con tal pulcritud, que, no hay posibilidad de que nadie pueda impugnar la nuevas tarifas, ni desconocer que, al Ayuntamiento le interesa aprovechar el sitio, para que vengan más mercancías, y para que no haya conflictos como algunos que ocurren en el actual régimen, y de los que después hablaremos.

Ved, por consiguiente, que el Ayuntamiento no trata de explotar a nadie, y voy a demostrarlo más y más, con nuevos argumentos.

¿Sabéis lo que significa el valor de todas las mercancías que se traen en un año al Mercado? Pues, veinte o veintidós millones de pesetas. ¿Y sabéis lo que el Ayuntamiento cobra en la actualidad? ¿Y sabéis lo que el Ayuntamiento percibe en la actualidad de esos veinte o veintidós millones que se trafican? Sólo doscientas cincuenta mil pesetas. ¿Hay derecho a esto? ¿Puede nadie decir que el Ayuntamiento es el explotador de esos que vienen a comerciar al mercado de la Cebada?

Y nosotros decimos que vamos a cobrar algo más. Naturalmente. En primer lugar, porque vamos a tener más sitio, y después, porque vamos a ver si vienen más artículos, y podemos cobrar siquiera cuatrocientas o quinientas mil pesetas, que bien merece que el Ayuntamiento, a cambio de lo que pueda hacer en beneficio del consumidor, reciba esa cantidad que necesita para sus presupuestos.

El ingreso actual significa el uno y cuarto por ciento de ese capital que se maneja en el mercado de la Cebada, que asciende a los veinte o veintidós millones antes indicados, y cobrado el doble, significaría el dos y medio por ciento. ¡Y todavía hay quien dice que el Ayuntamiento trata de explotar y hacer cosas irrealizables, y de ir contra intereses creados, y de causar perjuicios a Madrid!

De lo que trata el Ayuntamiento, repito, es únicamente de cobrar lo que legítimamente le pertenece; porque además habéis de tener en cuenta, que el mercado de la Cebada, que nos parece una cosa pequeña, es uno de los mercados mejores del mundo, así, como suena; porque es hora que digamos las cosas como son, porque es que los madrileños tenemos muchas cosas que ignoramos que las tenemos y, por consiguiente, que no hacemos aprecio de ellas. Es que Madrid, que parece habitado por todos sus enemigos, tiene muchas cosas buenas que en otros sitios nos envidiarían. No nos fijamos, por ejemplo, en lo que es el mercado de la Cebada, que tiene una altura

mayor que todos los edificios de la Gran Vía, y que vale y está asegurado en cerca de cinco millones de pesetas. Eso no se sabe, porque del mercado de la Cebada no se ve más que la suciedad, no se cuenta más que los abusos, sólo se ponen de relieve cosas que realmente no son propias del Mercado; pero no se ve el conjunto, la grandiosidad de este centro, que si estuviera sólo destinado a Mercado de abastos, parecería a todos, como he dicho antes, uno de los mejores del mundo.

Claro está que el Ayuntamiento debe sacar siquiera, y no bajo el aspecto fiscal, la renta de lo que vale; y si vale el edificio cinco millones y el suelo muchos miles de duros, porque ya supondréis a cómo vale el pie de terreno en ese sitio, lo menos que puede hacer el Ayuntamiento es obtener un interés de 5 o 6 por 100 que ahora no saca. ¿Qué diríais de cualquier particular que poseyera una finca y que fuese tan inhábil, tan inepto o tan descuidado que no obtuviese siquiera el interés legal corriente de 5 por 100 y algo más para poder amortizar el capital y hacer obras de reforma y atender a los gastos del negocio?

Este es el asunto. El Ayuntamiento dice que saca muy poco de lo que allí se trafica, y no obtiene la renta del dinero que tiene empleado en un inmueble y se encuentra en la necesidad de ver cómo se aumenta ese arbitrio, en la forma que he dicho, con la concurrencia de más mercancías al Mercado y con el pequeñísimo aumento, si significa aumento, que puede aparecer en los nuevos presupuestos.

Dejemos, pues, sentado que en su aspecto fiscal, la moción del Alcalde Sr. Silvela, aprobada por la Comisión de Presupuestos y por el Ayuntamiento, no tiene ningún punto vulnerable.

Y vamos a la segunda parte: a la intervención del Ayuntamiento en las operaciones del mercado de la Cebada y en la política de abastos que esto puede significar para el Ayuntamiento de Madrid.

La moción de la Alcaldía, que hoy es acuerdo municipal, contiene tres extremos de excepcional importancia.

Es el primero, el relativo a la creación de una Caja de crédito para productores; es el segundo el referente a la implantación en esa Caja de una institución de crédito para los detallistas de Madrid; es el tercero la creación del factaje municipal.

Es un problema que hoy está sin resolver, la creación del crédito agrícola. Yo no digo que no haya meritísimas institu-

ciones; que no haya Bancos que a ésto se dediquen; que no haya particulares instituciones que resuelvan parcialmente la cuestión; pero realmente no tenemos instituciones que resuelvan en su totalidad el problema y como a Madrid, aunque no sea población esencialmente agrícola, le interesa acaso la agricultura más que a algunos países agrícolas por lo que consume, según habéis visto, la interesa también el crédito agrícola y le interesa porque si se produce en buenas condiciones podrá tener productos en mejores condiciones, porque si se produce barato podrá tener productos baratos y, a Madrid le interesa, que todos los productores que puedan estar en relación con Madrid para sus abastos, tengan aquellas facilidades que según su pequeño capital puedan merecer.

Hoy es arma que se esgrime por todos los negociantes, por todos los traficantes, por muchos de los intermediarios que actúan en el mercado de la Cebada, el decir: ¿pero es que sabe el Ayuntamiento dónde se va a meter? ¡Si nosotros tenemos un capital repartido entre los agricultores para simientes con seis meses de anticipación! ¡Si tenemos un capital grandísimo invertido y por lo tanto todas esas ganancias fabulosas que nos atribuyen no responden sino al interés legítimo del capital empleado! Pues si es verdad esto, el Ayuntamiento debe subvenir a la necesidad; y el Ayuntamiento de Madrid dentro de sus medios, y como institución que no sólo no ha de producirle quebrantos de ninguna clase—porque garantías suficientes tiene para emplear el dinero—debe crear esa gran Caja de crédito que está planteada en la moción del Sr. Silvela, de la siguiente forma:

«La Excm. Corporación municipal instituirá como medida complementaria una Caja de crédito con el fin de fomentar la concurrencia de productores al Mercado de Madrid mediante la supresión de las gabelas que hoy disminuyen sus ganancias y el apoyo bancario que necesitan para mejorar las labores e intensificar la producción.»

El Ayuntamiento de Madrid puede ayudar así a los agricultores de su término municipal, a los de su provincia, y no debe tener inconveniente de ninguna clase para realizar con ellos operaciones, porque tiene la garantía de sus tierras, de sus cosechas, de sus envíos que le aseguran no sufrir perjuicios de ninguna clase.

¿Pero es que además hay algún mal en que esto se intente? ¿Es que aún suponiendo que esto tenga dificultades y aun suponiendo que sea irrealizable—que eso la práctica lo dirá y

nosotros no podemos determinarlo *à priori*—no es cosa de que lo intentemos siquiera? Pues eso es lo que ha aprobado el Ayuntamiento.

Yo oía estos días pasados decir además: ¿pero sabe el Ayuntamiento donde se va a meter? Nosotros tenemos cogidos a todos los vendedores ambulantes; si nosotros tenemos cogidos a todos los detallistas; si nosotros les vendemos al crédito, ellos no podrán vender como el Ayuntamiento no tire el dinero. Y yo decía: Por la moción que ha aprobado el Ayuntamiento el viernes último, vamos a estudiar el establecimiento de ese crédito que es pequeño, en cuanto a los vendedores ambulantes, que es grande, en cuanto a los industriales vendedores establecidos en tiendas. Pues bien; vamos a establecer para esa gente pobre, para esos que son poco más que obreros, para esos que al día siguiente se tendrán que quedar sin comer, si no venden, la Caja de crédito. Y la establcereemos, ya lo creo, porque en eso, aunque el Ayuntamiento tira-se unos miles de pesetas, no haría nada de más. (Aplausos).

Y vamos al punto más delicado; vamos al punto que ha producido más protestas, vamos a lo que se relaciona ya con la intervención municipal en el mercado de la Cebada.

¿El Ayuntamiento debe intervenir en el régimen de los Mercados? ¿El Ayuntamiento debe intervenir en el abasto de la población? ¿El Ayuntamiento puede prescindir de esa intervención? En primer lugar, tiene derecho a intervenir; en segundo, debe intervenir. Tiene el deber de intervenir, porque no hay nada que sea más esencialmente municipal que el abasto de la población, y tiene derecho a intervenir porque la ley Municipal le autoriza.

Dice así el art. 72 de la ley Municipal: Es de la exclusiva competencia de los Ayuntamientos el gobierno y dirección de los intereses peculiares de los pueblos con arreglo al número primero del art. 34 de la Constitución, y en particular, cuanto tenga en relación con los objetos siguientes: 6.º Ferias y *Mercados*.

Y el art. 137 de la misma ley Municipal, en su número primero, autoriza el establecimiento de arbitrios sobre aquellos servicios costeados con los fondos municipales, cuyo aprovechamiento, como ocurre con los mercados de la Cebada, no se efectúe por el común de vecinos, sino por personas o clases determinadas o en terrenos y propiedades del pueblo.

De modo, que bajo el aspecto legal, el Ayuntamiento puede y debe intervenir en los Mercados municipales. ¿Y cómo ha

de intervenir el Ayuntamiento en los Mercados municipales? La moción aprobada por el Ayuntamiento, a que me vengo refiriendo, lo dice: ha de intervenir creando el factaje municipal, es decir, imponiendo la intervención del Ayuntamiento en todas, absolutamente en todas las operaciones que se realicen en el mercado de la Cebada; porque el Ayuntamiento tiene obligación de saber lo que se vende en dicho Mercado, y tiene también obligación inexcusable de regular el Mercado en atención a las necesidades públicas. Y como el Ayuntamiento en la actualidad no interviene absolutamente para nada más que para cobrar los bultos a la entrada del Mercado de abastos, el Ayuntamiento tiene la necesidad de una intervención más eficaz en todas las operaciones que se realicen en el Mercado, y tiene necesidad de intervenir en las operaciones que se realicen en el Mercado, estableciendo lo que determina el proyecto o sea el factaje municipal.

¿Cómo se va a establecer el factaje municipal? No lo dice el proyecto, no lo puede decir el proyecto, porque en el acuerdo municipal sólo van bases, determinando además que se nombrará una Comisión que con arreglo a ellas estudie el problema, lo reglamente, determine cómo ha de ser, etc., etc., y cuando lo haya estudiado y la Comisión correspondiente lo haya reglamentado y el Ayuntamiento lo haya aprobado, entonces empezará a regir el factaje municipal; porque claro es que eso no lo podemos improvisar, porque claro es que no lo podemos hacer de la noche a la mañana, más que obligados por las circunstancias; porque si las circunstancias obligasen a ello se haría.

Y quiere el Ayuntamiento conseguir con esa intervención legítima suya en todo lo que signifique venta en el mercado de la Cebada, lo siguiente: que no se desnaturalice en primer término, la función del intermediario como comisionista, revistiéndole de carácter municipal, porque sabe el Ayuntamiento, sabemos todos, que no todas las transacciones las hace el mismo productor, que muchos necesitan de una persona que sea el intermediario, que sea el comisionista, que sea el que realiza ese factaje y claro está, esa persona es indispensable, pero organizada con función municipal; sabiendo el Ayuntamiento lo que hace, con responsabilidad siempre ante el Ayuntamiento de cuanto pueda hacer. En esta forma no hay posibilidad de pensar que se suprima el comisionista legítimo, como sería una locura que pensásemos nosotros que pudieran suprimirse los agentes de cambio y Bolsa que pres-

tan un gran servicio, cuándo se dedican sólo a ser agentes de Bolsa; pero que si se convierten en negociantes por cuenta propia producen muchos males, corriendo aventuras que al fin paga el público.

Lo que queremos evitar es que los comisionistas, al amparo de ser comisionistas cometan abusos; lo que queremos quitar es el intermediario que es negociante y que compra todo lo más barato que puede para vender todo lo más caro que puede, porque eso es lo que encarece el artículo, no la comisión, si no el tráfico ilegítimo, la explotación (aplausos.)

Queremos, por tanto, que no se pueda cometer el abuso que aún perdura desgraciadamente en el Mercado sobre y bajo la capa de que se es comisionista. El que realiza una función legítima debe ser respetado; y el que no la realiza legítimamente y obtiene un lucro inmoderado debe ser expulsado.

El Ayuntamiento quiere esto y quiere conocer de un modo oficial, fehaciente, el precio de los artículos en el Mercado para de este modo tomar las medidas necesarias a fin de que no se eleve el coste de los artículos de consumo, lo que es una obligación municipal, y mucho más en estas circunstancias.

Y desea más aún el Ayuntamiento; pretende, que cualquier productor de España, aunque no haya sido invitado, aunque no haya sido requerido, cuando los intermediarios rechacen sus artículos, tenga el derecho de venir al mercado de Madrid y tenga facilidades para traerlos. Esto no es ninguna cosa imposible, porque es Madrid, acaso, la única gran capital del mundo en que esto no ocurre, en que el productor no pueda mandar al Mercado sus productos sin necesidad de intermediarios particulares de ninguna clase; y de lo que se trata, es sólo de que puedan los productores facturar directamente a la oficina municipal, para que el empleado comisionista sea el que reciba los géneros, los saque a pública subasta, los venda, y al siguiente día, gire su importe al productor.

¿Es que esto es imposible? Si en todos los sitios adelantados en esta materia se emplea un procedimiento análogo ¿no vamos a poder llevarlo a cabo en Madrid? Los productores tienen ahora que valerse, muchas veces a la fuerza, de intermediarios y traficantes y negociantes y revendedores, para expender sus artículos, y nosotros debemos ir a la supresión posible de muchos intermediarios, reduciéndolos a uno sólo con carácter oficial, para que por un lado, pueda salir beneficiado el productor, y por el otro el consumidor. (Muy bien.)

¿Puede decirse que tales bases de reorganización del Mer-

cado estén fuera de la realidad, sea imposible llevarlas a la práctica, y puedan producir una perturbación municipal? Yo creo que no puede haber persona que imparcialmente examine el asunto y no esté conforme con el Ayuntamiento.

Es decir, que el Ayuntamiento, al regular la intervención municipal por el acuerdo tomado y por la moción aprobada, trata de conseguir lo siguiente:

1.º Que no se desnaturalice la función del intermediario-comisionista, puro necesario, revistiéndole para ello, de carácter municipal.

2.º Que no se cometan los abusos que aún perduran en el mercado de la Cebada, al amparo de los actuales comisionistas.

3.º Que el Ayuntamiento conozca de modo oficial y fehaciente el precio diario de los artículos en el Mercado, para así, con conocimiento cierto, poder influir en él, tomando medidas para abaratar artículos de consumo de primera necesidad.

4.º Que cualquier productor de España pueda enviar géneros en comisión al Mercado de Madrid para su venta oficial, facilitando la concurrencia, que abaratará el producto.

5.º Que de este modo, no pueden los negociantes de mala fe alterar las leyes de la oferta y la demanda, constituyéndose en los árbitros del precio.

Vamos ahora a otro punto. Yo siento cansaros mucho, pero el problema es tan complejo, que no quiero dejar nada sin tratar. Y al hablar de lo que paso a ocuparme, he de comenzar diciendo que, el que tenga ojos vea, y el que tenga oídos que entienda.

Los interesados en que la solución de Ayuntamiento no se realice de un modo ordenado y completo, de modo que pueda llevarse a cabo, han dicho por ahí, y han hecho creer a algunos productores, aunque a los menos, porque la mayor parte de ellos están convencidos de la buena fe del Ayuntamiento, han hecho creer, repito, que los hortelanos que traen directamente por sí mismos, sin necesidad de intermediarios, los artículos de consumo de sus huertas, se van a encontrar perjudicados en sus intereses.

Y les dicen: ¿Pero no veis que el Ayuntamiento va a exigir el cinco por ciento de comisión, y a vosotros los productores; el dos y medio por ciento?

El proyecto aprobado por el Ayuntamiento, no dice que los productores, cuando sean ellos los que traigan al Mercado

los géneros y los vendan directamente por su cuenta, necesiten abonar el importe del factaje municipal. El proyecto dice lo siguiente: Los acreditados como productores, podrán hacer las ventas al por mayor, por su cuenta, mediante la consignación de los artículos a la oficina de factaje del Mercado correspondiente, abonándose o girándose a los mismos el producto de la venta, con el descuento de dos y medio por ciento de comisión y los gastos, al día siguiente de efectuada la transacción.

El proyecto exige, pues, el abono de la comisión cuando para la venta se consigne el género al factaje municipal y aun entonces sale favorecido el productor, pues se le cobrará únicamente la mitad de la comisión que habrán de pagar los que no sean productores; pero nada dice para el caso en que el productor venda sus productos sin necesidad de intermediario.

Y si el Ayuntamiento sigue para la regulación definitiva del proyecto las inspiraciones de la mayoría de la Comisión nombrada, aún hará más en beneficio del productor dándole toda clase de ventajas, porque este es el espíritu de dicha Comisión de la que forman parte personas tan entendidas en Hacienda como el Sr. Calzado, tan al tanto de las necesidades públicas como el Sr. de Blas y el Sr. Marqués de Villabrágima, tan competente en cuestiones municipales como el señor Conde de Limpias y tan activas y trabajadoras como el señor Silva: personas todas que no viven en las nubes sino en la realidad y que saben como yo que no hay más que un procedimiento para abaratar los artículos de consumo, el de dar todas las posibles facilidades al productor, y claro está que si éste tiene el máximo de ventajas, ese será el procedimiento de que podamos suprimir intermediarios y con ello habremos suprimido ganancias y habremos rebajado el precio de los artículos.

Esta es la única manera de abaratar las subsistencias, y todo lo demás será ganas de perder el tiempo y de querer engañarnos.

Y vamos al actual conflicto.

En la actualidad el Ayuntamiento y el pueblo de Madrid se ven amenazados por dos huelgas, que yo no creo que sean tales huelgas, pues no puede aplicárselas verdaderamente este nombre. Hasta hace poco tiempo sabía yo que las huelgas se producían entre patronos y obreros por diferencias del trabajo, por querer cobrar unos reales más de jornal, por tener una organización determinada en el trabajo; pero no

sabía que unos intermediarios y unos productores pudieran decirle al Ayuntamiento que se declaraban en huelga por no estar conforme con un acuerdo municipal. Pues esto es lo que ahora llaman huelga, y yo digo que no lo es propiamente, sino una maquinación para alterar los precios de las cosas, lo cual tiene su sanción en las leyes (muy bien). Y eso es un delito y si se llegasen a realizar, lo perseguirán los Tribunales porque yo lo denunciaré (muy bien).

Pero, hay más, antes de la declaración de esto que llaman huelga, unos señores, antes de pasar los cinco días que tendrían que transcurrir después del anuncio, aun suponiendo que fuera huelga, dejan de traer patatas a Madrid y dicen: ¡ya está el conflicto planteado; ya se ha caído el Ayuntamiento; ya no se comen patatas en Madrid!

Bueno, pues Madrid ha seguido comiendo patatas, que no faltan, y los que las quieren las tienen en el mercado de la Cebada a 27 céntimos el quilo, y de las buenas, porque yo las como de esas; y no ha sucedido nada, ni se ha hundido el firmamento ni han temblado las esferas; absolutamente nada: ha sido la cosa más sencilla del mundo; algo parecido a lo del huevo de Colón.

Con las huelgas declaradas, si se llevan a efecto, sucederá una cosa; lo primero, que no habrá frutas y verduras en Madrid. Claro está que la falta de frutas no me preocupa. El que en la mesa del rico no haya ni una sola uva para postre, me tiene sin cuidado; que lo sustituya por otro. El que no se coman peras me tiene también sin cuidado. El que se pudran todos los plátanos, también absolutamente sin cuidado. Me preocupa y me preocupaba desde el primer instante el que no hubiere patatas, y sobre esto no hay conflicto: yo respondo de que no faltará este artículo en Madrid.

En segundo lugar, las berzas, las coles y todas las demás verduras y hortalizas que consume la gente pobre, que traen principalmente los horticultores de Madrid y de su provincia, tampoco faltarán. Los hortelanos de Madrid, dando una prueba de cariño a este pueblo, han dicho que ellos no entran por esas cosas, que no tienen nada que ver con el introductor ni con nadie y que seguirán trayendo sus verduras. Y como el Gobernador garantiza que los que las traigan las van a descargar sin dificultades en el mercado de la Cebada, y garantiza también que las venderá libremente quien quiera, puede afirmarse que tendremos verduras, no se si pocas o muchas, pero sí algunas.

Además, los horticultores de la provincia no van a ser tan *primos* — permítidme la palabra — que se van a dejar pudrir las verduras en la tierra. Las traerán aquí contra la sociedad, contra el intermediario, contra todo el mundo.

Yo hablaba estos días con muchos de ellos y cada uno se quería comer a un intermediario (risas). Ellos también aseguran que son sus enemigos y les llaman muchas cosas que no me atrevo a repetir (risas).

Se me había pasado manifestaros una cosa muy digna de que la escuchéis, porque acaso fué la que sugirió la idea en la mente del Sr. Silvela para llevar su moción a la Comisión de Presupuestos y después al Ayuntamiento. Me refiero a las consideraciones hechas por una Sociedad de Labradores a la Alcaldía Presidencia en una instancia que oficialmente está registrada en el Ayuntamiento y que dice así:

«En efecto, Señor: existe de tiempo antiguo la costumbre de que por asentadores, revendedores y los calificados contadores se ocupe completamente todo el lugar destinado a la venta en el mercado de la Cebada sin que los productores-horticultores, que son los que abastecen el Mercado, puedan, a pesar de satisfacer el subsidio de papeletas de locación, efectuar la venta de sus artículos sin la perniciosa intervención de los tres elementos antes mencionados.»

«Sobre todo, las transgresiones que con nosotros comete el llamado contador, son de tal bulto y magnitud, que tenemos la evidencia de que conocidas como lo serán por esa Superioridad se ha de poner coto a tan ilegítimos desafueros, que a más de infringir agravio y perjuicio personal a los horticultores que vienen al Mercado de Madrid a expender sus artículos, dan margen a que se encarezca y suba de precio las mercaderías, que de otra suerte podría adquirir directamente el consumidor de nosotros mismos en mejores condiciones económicas.

«Seda el caso, señor, de que llegando un horticultor al Mercado, y abonando sus derechos de locación (lo que le capacitaría para poder vender libremente su género, pues tal es el fundamento del tributo), queda sometido a la voluntad omnímoda y nada equitativa del contador, que o no concede sitio para colocar sus frutos o con enorme perjuicio le da una cotización más baja que la normal con el aditamento que de no aceptar, tendrá que dejar la mercancía para otro día, y como esto no lo puede efectuar el horticultor, he aquí la extratagema de que el contador se vale para adquirir artículos a un

precio que luego revende a un precio infinitamente mayor, con evidente perjuicio para la clase consumidora, en su mayoría pobres y misérrimas gentes. Hemos de añadir, que con el ejercicio de tan irregular industria, no satisfacen los contadores arbitrio alguno al Municipio.»

Esto no lo digo yo; esto lo decían antes de conocerse el acuerdo municipal los horticultores de Madrid, en una instancia que en octubre se registró en el Ayuntamiento de Madrid.

Sobre esto, no quiero decir más. Sólo digo, que esos hortelanos de Madrid, están al lado del Ayuntamiento.

Y otro labrador me contaba el caso, de que a última hora de una tarde, tuvieron que vender en tres pesetas y veinticinco céntimos, una docena de coliflores o lombardas, a uno de esos revendedores, y al día siguiente, lo primero que se vendió en el Mercado, fué la docena de coliflores o lombardas en diez pesetas. ¿Se trata en este caso de un asentador, de un comisionista? No; pues contra esos vamos nosotros; contra los que, ilegítimamente tratan—no quiero calificar—de enriquecerse a costa de los demás. (Aplausos).

Y vamos ya al final, porque, aunque vosotros digáis otra cosa, mi intervención va resultando demasiado extensa.

Para que el acuerdo municipal pueda ponerse en vigor necesita la sanción de la Junta municipal y la aprobación del Sr. Gobernador civil de la provincia. Pues, antes de que ese acuerdo esté sancionado por la Junta municipal y por la Autoridad gubernativa, las Sociedades de introductores y de horticultores, han anunciado la huelga. Eso es necesario que lo sepa el pueblo de Madrid. Esto hay que tenerlo en cuenta. El presupuesto no podrá empezar a regir hasta 1 de abril; en el acuerdo se dice que, además, se tomará el Ayuntamiento tres meses para implantar el factaje municipal; y éste, por tanto, no podría estar organizado hasta el día 1 de julio. No obstante, esos señores, han promovido la huelga, anunciando que el día 1 dejan de funcionar dejando de traer frutas y verduras al Mercado. Por ello es por lo que he presentado una moción, que por unanimidad ha aprobado el Ayuntamiento en la sesión del viernes último; y el Ayuntamiento sin miedo a nada ni a nadie, y el Alcalde con menos miedo todavía (muy bien) forzado por las circunstancias, porque voluntariamente dejan de funcionar en el mercado de la Cebada los abastecedores, sustituirá a éstos sea como sea. Ese es el acuerdo municipal. Pero si no hay conflicto, si el Ayuntamiento no tiene necesidad de implantar, sea como sea y cueste lo que cueste,

la organización municipal; como no es asunto fácil, y sí muy complejo; como para eso se ha nombrado una Comisión especial, que el mismo día que se nombró trabajó por la tarde y no ha dejado de laborar un solo momento, estudiará el problema en toda su intensidad, dirá a todo el mundo, porque es un problema que a todos interesa, y cuantas mayores ilustraciones se lleven a la Comisión, ésta podrá resolver con más acierto. Lo que no hará la Comisión nunca, es tratar con rebeldes. Ya se lo decía ayer al Presidente de la Sociedad de horticultores de la provincia de Madrid, que es una de las que se han declarado en huelga. Me preguntaba: «Pero usted ¿no nos puede dar palabra, aunque sea particularmente, de lo que va a suceder?» Yo les contestaba que no. Y me interrogaban de nuevo: ¿Ni una esperanza de lo que ocurrirá? Yo, me afirmaba en la negativa y agregaba: «No; con ustedes no trato; con rebeldes jamás; la Autoridad no puede tratar con unos señores que están declarados en huelga (aplausos) que estimo ilegal.

Y les añadía: como yo mañana voy al Teatro Español a que me oiga todo el mundo; y como me importa muy poco que allí vayan y que concurren todos, porque quiero que todos me oigan, vayan ustedes también allí, donde hablaré al pueblo de Madrid y vean, oigan y entiendan, y después hagan lo que quieran, y si ustedes desisten de esa actitud, ustedes serán oídos y si no desisten de esa actitud, ni serán oídos ni permanecerán un momento más desde 1 de enero en el mercado de la Cebada.

No me queda más que pedirlos perdón por la molestia; agradecer a todos vuestra asistencia, agradecer especialmente la asistencia de la Prensa que con tanto calor viene alentando la campaña del Ayuntamiento. Yo no soy más que un intérprete del Ayuntamiento mismo, porque nada de lo que dice el acuerdo y yo os he referido es cosa mía, sino del Ayuntamiento; yo hablo aquí como Alcalde, porque quiero que el pueblo de Madrid esté identificado con el Ayuntamiento, porque afortunadamente para el pueblo de Madrid—y hago excepción de mi persona—el Ayuntamiento en la actualidad está compuesto de personas que saben velar por los intereses generales del vecindario.

Para final quiero deciros, que si se llega al conflicto y vamos a la huelga, y el Ayuntamiento tiene necesidad de sustituir a los voluntarios intermediarios actuales inmediatamente, el pueblo de Madrid habrá de sufrir, porque tiene

obligación de sufrir, pues lo que decimos lo hacemos, no por gusto nuestro, sino para ver si podemos llegar al abaratamiento de las subsistencias, a que el pueblo de Madrid coma más barato; y como esto debe suceder, si lo hacemos bien, y si no lo hacemos bien nos debéis exigir las responsabilidades consiguientes, vosotros tenéis la obligación de resistir incomodidades y sufrir todos los inconvenientes que puedan surgir del conflicto, porque vosotros—y al referirme a vosotros me refiero también a los de fuera, cuanto más altos mejor—tenéis esa obligación, ya que nos dan el ejemplo los más modestos.

Acaso los más perjudicados si se llegase al conflicto, serían esos pequeños vendedores, que más son obreros que patronos, que van a comprar el duro de verduras. Acaso esos sean los que en un conflicto y en una falta de abastecimiento de Madrid sufrirían más, porque no tendrían que vender ni que comer. Pues esos, han publicado un manifiesto que todos los periódicos han recogido, en el que se dice con una ciudadanía que ensancha el corazón, que están al lado del Ayuntamiento y del Alcalde, porque creen que será una buena cosa para el pueblo de Madrid, lo que pretendemos hacer.

He aquí los términos del manifiesto:

«Sin embargo, nosotros conocemos la importancia que este asunto tiene, y que puede ocasionar protestas más o menos razonadas, más o menos legítimas; por lo cual esta Junta directiva se dirige a todos los vendedores para aconsejarles se abstengan por completo de servir de comparsas para nadie, bien promoviendo alborotos o simulando motines que no pueden conducir a ningún fin práctico en este asunto; a más es necesario demostrar que los vendedores somos fieles compañeros de la clase trabajadora, y, por tanto, no debemos crear dificultades a cualquier reforma que tienda a beneficiar al proletariado, sino demostrar, como buenos ciudadanos conocedores de sus deberes, que cuando los beneficios puedan redundar en provecho de la mayoría, debe resignarse la minoría.»

Pues si los humildes se resignan a perjudicarse en sus intereses y hasta a no comer, pensando que a la larga hemos de tocar beneficiosos resultados, yo termino diciendo a todos que imiten ese ejemplo, y si hay que sufrir alguna molestia pequeña o grande, debemos todos sufrirla. (Grandes aplausos.)